

Amor en pócima

Josué Altamirano Alberto*

A mi Eros: Mani.

Eran casi las dos de la tarde cuando decidí salir. Sólo tenía quince pesos, un boleto del metro, un librito (de esos que se dicen de bolsillo, que curiosamente no cabía en ninguno de los míos) y un hambre que no me dejaba pensar muy bien hacia dónde dirigirme. Pensé que tenía que acabar con esta revolución estomacal como primer paso, pero tenía muy pocas opciones: una torta, tres tacos, dos quesadillas sencillas, cualquiera de éstas, "sustanciosas", pero nada nutritivas oportunidades tenía con mis escasos recursos, que mejor lo dejé a la suerte. Caminé para el metro creyendo obtener una respuesta de hacia dónde me dirigía, cuando vi a un ciego pasar a mi lado, uno de esos que abundan en la ciudad pidiendo dinero, con la típica vestimenta sucia que los caracteriza, y el conocido bastón desplegable del

que nunca se van a poder separar, hasta que un milagro o la muerte se los permita. Parecía querer llegar a algún sitio, y en su insistencia dobló su rumbo hacia la avenida llena de carros y automovilistas apurados por llegar a quién sabe dónde. Lo pensé dos veces y me di la vuelta hacia la avenida para llevarlo al otro lado.

–Déjeme llevarlo –le dije.

–Gracias, es que no sé dónde está la panadería.

–¿Cuál panadería? –Le pregunté.

–La que está a un lado de la taquería, la que está cerca del Mercado Sonora, en Fray Servando –contestó aún en medio de la calle.

–Esa panadería está del lado contrario, tenemos que regresarnos.

Aprovechando que el semáforo estaba en rojo, y los automóviles como toros a punto de que les abran el ruedo; dimos la vuelta para atravesarnos de regreso a la banqueta.

–Ya se había ido por otro lado –le reprimí.

–Sí, lo que pasa es que parece ser que no olí el pan cuando pasé por ahí.

–Ya está muy cerca –le aseguré– a dos cuadras de aquí.

Caminamos unos pasos y la puta hambre me decía: "Cabrón: primero hazte cargo de mí y luego levanta a cuantos chingados ciegos se te antoje". En corto estaba un puesto de quesadillas, donde sabía que no estaban tan mal, así que le pregunté al ciego que si ya había comido, y respondió que no.

–¿Quiere una? –Le dije.

–¿De qué hay?

–De hongos, de chicharrón, de flor de calabaza, de papa, de queso y de pollo.

–Una de chicharrón –me contestó.

Ya comiendo, le pregunté que desde cuando no veía.

–Desde que nací –comentó.

–¡Ah!, entonces ya se acostumbró. –Que pen-dejo de mí. "¿Quién se acostumbra a estar ciego?"

–Una amiga me preguntaba lo mismo hace tiem-



*Alumno de la ESIA Tecamachalco.

Ilustraciones: Josué Altamirano Alberto.

po, pero mano, disculpa: ¿Quién se acostumbra a estar en las tinieblas de por vida? El que diga que puede, es porque está medio pendejo o no sabe de lo que habla.

Mejor me seguí tragando mi quesadilla antes de decir más estupideces, que, como ya sabrá el lector, con la panza llena se piensa mejor; a veces, no siempre.

—¿Tú eres de aquí? —Me preguntó.

—No, soy de fuera, aquí sólo estudio —le agregué con la quesadilla en la boca.

—¿Ya casi acabas tu carrera entonces? —Continuó.

El siguiente año, aunque lo que realmente quiero hacer, es escribir.

—Para eso no se ha de necesitar mucho estudio, ¿verdad? Debe de haber escuelas para eso, ¿o no?

—Sí, sí las hay, pero ya no quiero seguir estudiando más, ya lo que quiero es salir para pasar a otra cosa mariposa.

—Pues échale ganas y Dios quiera, sales pronto. ¿Eres católico? —Preguntó.

—No.

—¿O mormón, o testigo... o de esas más? —Insistió.

—Nada de eso soy, ni creo en nada de eso —le recalqué.

—¿Pero eres creyente?

—No, no lo soy, no creo en la excusa de la Iglesia para ser mejor o peor.

Intrigado prosiguió: —Pero eres respetuoso, eso es lo que cuenta, la mayoría de las personas son ojetas mano, y lo único que quieren hacer es verte la cara, lo malo es que yo ni eso puedo hacer.

Reí un poco por su comentario y seguimos empujándonos nuestras respectivas quesadillas.

Desembuchando mis quince únicos pesos nos pusimos en camino hacia la panadería en cuestión, que estaba a la vuelta de la calle.

—¿Me puedo agarrar de ti? —Me dijo.

—Claro —respondí.

Cerca de ahí no desaproveché para echarle un ojo a la chavalona del puesto de periódicos de la esquina, que siempre me pareció a todo dar. Ella me vio de un modo muy extraño, debía ser porque no todos los días que paso por ahí llevo un ciego a mis espaldas, ni la miraba de ese modo como la vi.

—Ya olí el pan —dijo el ciego, interrumpiéndome de la chaqueta mental que estaba teniendo con la de los periódicos.

—Sí, ya está aquí enfrente —le respondí.

Se acercó de prisa al mostrador de los flanes, gelatinas y pasteles, sacando varias moneditas de su mugroso y no menos apestoso saco, que al parecer quería que se las cambiaran por billetes. Yo, por lo mientras, me recuperaba de la impresión de la de los periódicos, viendo pasar carros y más carros por la avenida. Me volví hacia el negocio y me di cuenta que el ciego se había separado del mostrador con una negativa hacia su intentona. En medio de la embuchadera de quesadillas, me dijo que si lo podía acompañar, después de pasar a la pana-



dería, al Mercado Sonora, acepté, al fin que no tenía nada que hacer, más que no hacer nada para que no me diera más hambre.

Rumbo al Sonora, me preguntó que cuántos años le calculaba. —Cuarenta y cinco, cincuenta —le dije, como para no ofenderlo.

—No, yo tengo cincuenta y ocho.

—¿Y vive con su familia?

—No, mi madre ya murió, y mi padre también, vivo con una muchacha de veintiocho años, ella luego no quiere estar conmigo porque le da pena que esté ciego y sucio, por lo que dice su mamá; ella ya está grande, le doy dinero todos los días, "que no le haga". Luego se droga cuando quiere, sin importarle que yo vaya a llegar o que esté allí. ¿Tú bebes?

—Más o menos, con los cuates.

—Sí, uno tiene cuates cuando quiere chupar o cuando necesita algo, ¿a poco no?

—Pues sí —le respondí.

Siguió diciéndome que su pareja se drogaba todo el tiempo, de costumbre por las noches, y que en el día dormía, "como si de veras estuviera cansadísima"... ("A toda madre", dije entre mí) ...que antes se dedicaba a la prostitución, y que él la ayudó a salir de "eso". Que por el momento viven juntos, y la soporta, pero que luego lo trata mal y que para acabarla, ni se deja coger.

—¿Tú, tienes novia? —Me preguntó.

—Sí —le dije.

—¿Y cuántos años tiene? —Prosiguió con el interrogatorio, agarrado de mi hombro por la avenida que teníamos que sortear, entre puestos ambulantes, diablos de carga, carros mal estacionados, agentes de tránsito extorsionándolos y transeúntes que no les importaba que un ciego viniera a mis espaldas, cuestionándome sobre mi novia y mi vida.

—Veintidós, no, veintitrés, los acaba de cumplir —le respondí.

—¿Ella también estudia?

—Sí, Ciencias de la Educación... —no esperé a que me cuestionara sobre esa carrera—...es como Pedagogía —corregí, "puta salió peor", pues dilaté más mi explicación.

Él me dijo: "Que si todo salía bien y le echaba ganas pronto me podría casar y vivir bien trabajando".

Me comencé a sentir un poco ridículo, "nada más un poco", ajá, escuchando a un hombre supuestamente con pocas esperanzas en la vida, darme consejos y buenas expectativas sobre la mía. Prosiguió diciéndome que los chavos de hoy, "sin ofender", no saben aprovechar las cosas y las oportunidades que se les dan y al mínimo problema ya se están rajando.

Siguió: –Cuántas personas se andan matando, que porque no tienen dinero, o que porque las dejó el esposo, o la vieja. Hombres hay demasiados para las mujeres, mujeres hay demasiadas para los hombres, yo no entiendo cómo no entienden eso.

Un diablazo en la pierna hizo darme cuenta de que ya andábamos entre los puestos del Sonora, lo que también me provocó mentar una que otra madre.

–¿A dónde vamos? –Le pregunté, con el chingadazo en la boca todavía.

–Al local 65, con doña Lola.

–¿Es un local de hierbas o de animales? –Le recalqué.

Por el olor que recordaba, dedujo que era uno de hierbas. Pasamos entre los puestos de animales, donde el olor a mierda le hacía el quite al ciego con el suyo a sudor de los mil años; trataba de describirle lo que había en cada puesto que pasábamos, pero él intuía la mayoría de ellos. Sólo cuando le dije que hasta changos, sapos y chivos había, se sorprendió. Comentó que "chivo", sólo lo había comido, y que un "chango" no tenía ni la mínima idea de cómo era. Le dije que eran bastante similares a los humanos, y que posiblemente alguno que otro chango que veía por aquí, se veía mejor que algunos humanos que conocía. Al escuchar unos pericos, argumentó que le hartaban porque sólo se la pasan pegando de gritos sin ningún chiste, y que los canarios o los gorriones eran más agradables "que esos pinches pericos escandalosos que tenía su novia". Hartándome también de los pericos, me di cuenta que no tenía ni la más mínima idea de dónde andábamos y pregunté a los puesteros. Nos hicieron dar vueltas: *que para atrás, que para el siguiente pasillo, que doña Lola ya se había muerto, que pasando no sé qué, que quién sabe qué*. Hasta que le pregunté si no recordaba algo más específico, me dijo de nuevo lo que ya sabía: "Que era un puesto de hierbas y que la

señora era Lola y su ayudante era Gema."

Otra vez me volví a sentir como que un poco pendejo, ajá, solamente un poco, por andar camina y camina

entre tanto olor a hierba, incienso y mierda de animal. Me pregunté que si este pinche ruquito no andaba nada más de caliente, y que lo único que quería era pasar a caldear ánimos con la tal Lola o Gema. Decidí tomar cualquier rumbo entre los puestos, y me agarré

del azar una vez más, porque no sólo me sentía como pendejo, sino que me veía como pendejo, pasando lo más despacio que se pudiera, para que no se tropezara el ciego entre los bultos que estaban apilados afuera de los diminutos locales, y otra vez la gente y otra vez los "putos diablos de carga."

–Aquí está –dijo el ciego–, ya la escuché.

Incrédulo, pero feliz de culminar la tormentosa búsqueda, me acerque al puesto más cercano.

–¿Es usted doña Lola?

Desde arriba, de una pila de hierbas cura no sé qué, me contestó que sí, que ella era, que qué era lo que quería.

–Aquí la andan buscando. –Señalé al ciego. Ella lo reconoció a la primera.

–¿Y Gema? –Preguntó el ciego a la nada.

–Ya hace más de una semana que no viene a trabajar la muy cabrona, ha de andar de culito fácil. Bramó la señora.

El ciego se acercó a donde creía que estaba la dueña de esa voz y le dijo más quedito: –usted ya ha de saber lo que me trae aquí, ¿verdad? Ya traje lo que Gema me pidió la otra vez.

La doña amagó bajar de entre los bultos, cuando le quise extender la mano para ayudarla, de tres brincos ya estaba en el suelo. Agilidad rara, si se toma en cuenta que tenía una edad mayor y era más bien panzona.

–A ver, véngase más para acá. –Le dijo al ciego.

Salimos por el pasillo al exterior del mercado, donde el asunto parecía no cuadrarme nada, y más por la curiosidad que por obligación me pegué a la plática:

–¿Y ya le ha estado dando lo que le dio Gema la otra vez? –Comenzó a cuestionar al ciego.

–Sí, pero ya se me está terminando, mire –le dijo, sacando un botecito de plástico que contenía una cuarta parte de su capacidad.

–Todavía tiene –dijo la doña despreocupadamente–, le alcanza para la semana –afirmó–. ¿Cómo ha visto que se porte su vieja?

–Pues bien, pero la muy cabrona, el otro día me pegó, mire –le señaló la frente como un niño quejándose con su madre.

–Cabrona, pero con esto va a quedar como santita para usted, no se preocupe, ¿trajo lo que le pidió Gema?

–Sí –se apuró a responder. Sacó bolsitas de bolsotas de entre el desarrapado saco, para dar con lo que buscaba. Le mostró una fotografía en blanco y negro, de tamaño un poco más grande que el de las credenciales.

Parecía la foto de un muerto, de esas que encuentras en los tianguis de antigüedades. Dejaba ver a una persona sin esencia, como un maniquí, la verdad se veía mejor en persona, lo fotogénico era otra de las cosas que no se le daban.

–¿Y la prenda? –Le pedía como lista del súper.

–Ésa no me la pidió Gema, pero el cabello sí lo traje.

–Voy a necesitar una prenda interior, un brasier,



un fondo, un calzón, lo que pueda traerme de estas cosas que le dije. Por ahora dígame el nombre completo de su vieja. –Díle a mi hija que te dé una libreta y un lapicero. –Me ordenó, como si le fuera familiar decírmelo.

Me volví hacia el puesto apresurado para no perderme mucho de la intrigante plática. En el puesto una muchacha, de culo ancho y cara lisa atendía a los clientes cuantas hierbas pedían. Esperé hasta que terminara de atenderlos, volteando hacia la escena entre la hierbera y el ciego. Pensé que nunca me imaginé el propósito que hacía que el ciego insistiera en encontrar el puesto. ¿De verdad le dará resultado? ¿Qué tanto necesitará a su pareja o cuánto la odia para quererla hacer cambiar a punta de pócmias? ¿Qué pasará por la cabeza de este ruquito para estar metido en este brujesco asunto?

Regresé rápidamente con el pedido, donde el ciego seguía descargando sus quejas a la doña.

–A ver, ¿cómo se llama usted? –Le preguntó.

–Guillermo. –Le respondió rascándose uno de sus inservibles ojos.

–¿Y ella, cómo se llama?

–Rosaura. –Rascándose el otro inservible ojo.

–Sígale dando el toloache que queda, como le había dicho Gema, en refresco. Y el lunes me trae la prenda para que comencemos el novenario. Sí, el lunes en la noche la vamos a empezar a trabajar, va a ver si no afloja. –Sonrió cínicamente la doña.

Enrolló el mechón de cabello que le había dado el ciego en el pedazo de papel que contenía los nombres a trabajar, y los metió en su mandil cuidadosamente.

–Doña Lola, le voy a tener que pagar con puras monedas, es que no me quisieron cambiar, ¿verdad? –Me dijo buscando respaldo.

–No tenga cuidado, sirven igual –lo alentó la doña.

Volteándome a ver, volvió a decir: –el lunes no se les vaya a olvidar venir y traerme la prenda.

Interesado contesté que sí. –El lunes nos vemos. –Afirmé.

El ciego se contentó con mi respuesta y terminó de pagar en monedas los cien pesos que se abonaban a la cuenta final.

–Bueno, hasta luego, joven, que a usted ya lo había visto por aquí.

–Cerca de aquí vivo –respondí, sin dejar de sorprenderme, porque yo nunca había estado de ese lado del mercado y jamás me había topado con ella ni en sueños.

Caminando para la avenida, de regreso, me pidió una disculpa por no haberme dicho a lo que venía, porque según él, yo iba a pensar mal y me negaría. Me repitió que lo hacía porque no aguantaba la indiferencia de su novia y que eso lo hacía sentirse humillado, más humillación que la de estar ciego y pedir limosna.

–Se lo merece –repetía enojado–. ¡Por puta y drogadicta!...Pero ya mejor vamos a comer algo, yo te invito, por ser buen amigo, porque de ahora en

adelante somos amigos, si a ti te parece, por supuesto.

–¿Por qué no? –Contesté.

En un puesto de carnitas encallamos.

Él muy seguro, y yo no tanto; pidió un kilo de surtida para cada quién, y dos tepaches. En lo que nos servían comenzó de nuevo el espectáculo del mete y saque moneadas de sus ropas.

–Ayúdame a contar –me pidió, como adivinando mis pensamientos ociosos.

Contamos trescientos pesos, de donde separó para pagar la cuenta. Con los tepaches y los taconazos servidos en la mesa todo se veía delicioso, si se considera que sólo teníamos una quesadilla en la panza.

–¿Y qué otras cosas más haces? –Me preguntó mientras se hacía un desorbitado taco.

–En general sólo lo de escuela, y leer, eso sí que me gusta bastante.

–¿Y qué lees?

–Pues de todo, hace tiempo leí algo sobre la ceguera; era un libro de un escritor portugués, que trataba sobre una epidemia de ceguera donde todos se contagiaban en las ciudades y regresaban al oscurantismo, nadie sabía cómo regresar a su casa, y los que estaban en sus casas no podían salir por miedo a perderse. Las calles eran un caos, los perros andaban sueltos mordiendo cadáveres que se acumulaban abandonados, no había comida, ni agua y la poca que había se la peleaban a muerte.

–Eso sí que se oye raro –me dijo–. ¡Cómo iba a ser posible!, te imaginas a todos ciegos, que cosas hay escritas entonces.

–Bastantes, eso no es nada –comenté, mientras le echaba salsa verde a mi taco–. ¿Quiere que le ponga cebolla y salsa a sus tacos? Porque así no le han de saber.

–Sí, ponle de todo, es que yo ni sé lo que hay para ponerle, por eso quisiera a alguien que me procurara y cuidara de mí, no como esa cabrona que sólo piensa en atarantarse y dormir, pero el lunes va a quedar como sedita, ¿me vas a acompañar, verdad?

–Sí –le dije–, y ya cómase sus tacos porque ya están preparados.

–No pues así sí aguanta, con cebolla y toda la cosa, ¿no hay limones?

–Sí, ya le puse.

–¡A tohomorocho! –Dijo, empujándose un taco.

Las carnitas se acabaron y me preguntó que si quería más, yo ya estaba satisfecho, él pidió otro tepache para el desempance. Después de pagar le dieron ganas de cagar, y lo acompañé hasta la puer-





ta, los comensales veían todo muy discreta y sigilosamente, pero el dueño ni se inmutó, ya conocía al ciego y no le negó su baño.

En el metro acordamos vernos el lunes, a las cuatro de la tarde, para culminar lo de los menjurjes; Metro Morelos, dirección Martín Carrera, debajo del reloj. Me di la vuelta y caminé lo más rápido que pude, ahora yo era el que tenía ganas de cagar.

El lunes, después de la escuela, me apuré al encuentro con el ciego, debajo del reloj. Esperé y esperé hasta las siete, y no llegó, pues qué se le va a hacer. Días después fui a comprar *La Jornada*, con la de los periódicos, ella me miró como si ahora me reconociera, yo me hice "wey" viendo las revistas de chismes y los comics. Peinando el puesto con la mirada reconocí algo muy peculiar de entre las revistas, era la foto del ciego en primera plana, en una revista policiaca, la misma en blanco y negro que sacó aquel día de su saco. Tomé la revista y la comencé a hojear: *Ciego estrangula a su amante y vive con ella durante días, vecinos avisan a las autoridades percatados por el intenso olor que provenía del cuarto*.

—No me digas que ese ciego que está en la foto es el mismo con el que pasaste hace unas semanas. —Me cuestionó una voz que parecía provenir desde afuera de mis pensamientos. Tardé unos segundos en hilar la voz con la muchacha de los periódicos. Seguía teniendo imágenes del ciego matando a su amante, desnudándola y saciando todo lo que en algún momento le negó. "En qué estaba pensando ese pinche ruquito". Las manos se me enfriaron y una punzada me recorrió el estómago. Dejé la revista en su lugar y alcé la vista.

—No, no es el mismo ciego. —Respondí.

—¿Entonces por qué te pusiste pálido?

—Por las fotos, son muy gráficas, nunca he podido ver este tipo de revista. —La evadí.

—Tú has de vivir por aquí —aseguró tratando de indagar.

—Sí, a la vuelta de la calle.

—Te he visto pasar a veces, siempre vas distraído. Yo vivo en este edificio, arriba —continuaba.

—Yo sólo rento por aquí —no podía concentrarme para responder.

—¿Y trabajas? —Continuó.

—No.

—Yo antes trabajaba en el mercado, antes de estar aquí. Mi mamá tiene un puesto de hierbas, se llama Lola.

—¡Doña Lola! —Dije enfocándome en el nombre.

—Sí, doña Lola, ¿la conoces?

"¡Que si no la voy a conocer!" grité en mis pensamientos.

—No, no la conozco —apenas si pude decir. —¿Cuánto es por el periódico? —Le pregunté.

—Ocho pesos.

Me cobró de uno de a cincuenta; extendió su brazo para darme el cambio y rozó sutilmente mi mano con la suya.

—Espero que algún día que pases por aquí de nuevo, pases a saludarme y, quizá, hasta podrías invitarme a salir, si tu quieres... —Escupió delicadamente la directa—... además, ¿qué podrías perder? —Finalizó.

Lo pensé, y sí que podría perder. *Toloache, brujas, amansaguapos, pelos, pócimas, fotos, hierbas, hechizos, menjurjes, mujeres ocultas*, todas esas palabras vinieron de golpe a mi mente ❸